

Equilibrio Competitivo en economía: lecciones de la epistemología de la física

por Juan Fernando Vargas D.

vargasduque@hotmail.com

Junio de 2003

La descripción de la realidad tal y como se presenta es una inquietud tan vieja como el hombre. Desde la antigüedad, las civilizaciones se han preguntado acerca del porqué de las cosas. Nuestro referente más recurrido son los griegos, no porque Tales y Anaxágoras hayan sido los primeros hombres en tratar de entender la complejidad de la realidad, pero tal vez por el hermetismo que occidente siempre ha tenido hacia estereotipos orientales. En ese entonces (siglo VI a. C.) la ciencia era una sola. La física y la filosofía no eran distinguibles, se trataba de satisfacer la necesidad del hombre de explicarse el porqué de los fenómenos, de encontrar leyes comunes que permitieran entender una serie de manifestaciones complejas. Este es el objeto de la ciencia en sí, no importa cuál sea su especialidad (las distinciones entre diferentes tipos de saber son posteriores como lo es la separación entre ciencias “duras” y ciencias sociales). La evolución epistemológica es pues un ejercicio positivo de explicación de los fenómenos mediante la abstracción de comportamientos típicos subyacentes, no un intento por encontrar un mundo ideal que sirva como referencia normativa.

Una vez acordado cómo avanza la ciencia, como intento positivo de satisfacción de inquietudes inherentes a la naturaleza del hombre, podemos pasar al campo específico de la física. Son entonces los griegos los primeros físicos que conocemos: Tales habló de los cuatro elementos como el sustrato de todo lo que nos rodea, Anaximandro introdujo nada menos que el término “átomo” para referirse a la base indivisible de todas las cosas y, un par de siglos más tarde, Arquímedes dio cuenta de ciertas características de los astros convirtiéndose en el verdadero precursor de la física como ciencia particular.

La física, como todas las ciencias, siguió andando lentamente su camino epistemológico positivo hasta que, en el siglo XVII, Newton formuló la “ley de gravitación universal”. Los méritos de Newton no son pocos: sus tesis desencadenaron una verdadera carrera de conocimiento, el referente newtoniano, la gravitación de los cuerpos y las leyes de la dinámica dieron un impulso sin precedentes al estudio de la física que, en dos siglos, se desarrolló comparativamente mucho más que en los casi dos milenios que separan a Newton de Arquímedes. Dos hechos quiero destacar: el primero es que de no haber existido Newton, la misma naturaleza evolutiva de la física, y de la ciencia en general como acumulación de explicaciones positivas de los fenómenos que conforman la realidad, habría hecho que tarde o temprano otro científico (o muchos de ellos) explicaran los fenómenos que Newton explicó.¹ El segundo es que, apenas principiando el siglo que acaba de terminar, Einstein derrumbó con su Teoría Especial de la Relatividad, los pilares que soportaban el paradigma newtoniano al demostrar que para que las leyes de la física fueran

¹ Esta opinión es rebatible, claro, pero dudo que si Newton no hubiera existido en este momento supiéramos la misma física que sabíamos en el siglo XVII.

invariantes bajo cualquier sistema de referencia en movimiento relativo constante, la masa tendría que cambiar con la velocidad y el tiempo y la distancia deberían poder dilatarse.

¿Cuál es entonces el mérito de la “ley de gravitación universal”? O, mejor ¿Tiene ésta algún mérito en absoluto? La respuesta a esta pregunta es sí. Ningún físico osaría decir lo contrario aún aceptando el segundo de los hechos arriba resaltados. Como ya se ha dicho, el aporte newtoniano fue el referente que impulsó avances sin precedentes en el conocimiento de la física, avances que, de otra forma, posiblemente hubieran tardado siglos.

Pasemos, en este punto, al campo de la economía. Los críticos del Modelo de Equilibrio General Competitivo (MEGC), cuya primera formalización debemos a Walras (1874) pero que comúnmente llamamos el Modelo de Arrow-Debreu-MacKenzie, esgrimen al menos dos argumentos generales. El primero y más fácil de rebatir es que el MEGC no constituye una representación del funcionamiento de los mercados en la realidad. La réplica a esta crítica es sencilla: el MEGC es el referente normativo que permite el desarrollo del análisis económico positivo en la medida en que los economistas entendamos cuáles características del funcionamiento de los mercados en la realidad hacen que el resultado se aleje de tal referente. El segundo argumento en contra del MEGC, un poco más elaborado, parte de la respuesta a la primera crítica. Economistas como los franceses Carlo Benetti y Jean Cartelier (Benetti, 1997; Benetti y Cartelier, 1998) han discutido cómo el MEGC presenta dificultades (como la ausencia de dinero y la presencia de una institución central como “el subastador”) que permitirían cuestionar también su validez como referente en la medida en que no constituye una solución al *problema de Smith*, en el sentido en que no es una representación adecuada de cómo los intereses particulares de todos los individuos se canalizan, por medio del mecanismo de mercado, en un resultado eficiente para la sociedad.

Aceptemos, por un momento, la crítica de Benetti y Cartelier, ¿significa esto que debemos desechar nuestro referente normativo? La respuesta es un contundente no. Como el, a la larga falseado, paradigma newtoniano, el MEGC tiene el innegable mérito de haber dado un impulso sin precedentes a la teoría económica sirviendo como punto de partida para la exploración de características positivas de la realidad. En este sentido, la virtud fundamental del modelo Arrow-Debreu es haber desencadenado, guardadas las proporciones, una revolución positiva comparable a aquella iniciada con Newton en la física, permitiendo a los economistas hacerse las preguntas correctas para saber porqué las relaciones económicas entre individuos son como son. Este hecho es independiente del debate acerca de si las *fallas de mercado* o la *información asimétrica* pueden interpretarse como desviaciones de un “equilibrio ideal” que, de hecho, parece no haber sido aún descubierto.

A manera de aclaración, me permito replicar para este caso la hipótesis contrafactual de la no existencia de Newton: si el Modelo de Equilibrio General Competitivo no hubiera sido desarrollado, la necesidad intrínseca de los hombres por conocer el porqué de los fenómenos, en este caso el funcionamiento de la economía,

hubiera llevado tarde o temprano a los economistas a reconocer que no todos los agentes llegan al mercado con la misma información, que existen rendimientos crecientes, que cuando hay monopolios los precios son más altos, etc. Probablemente estos hechos no hubieran sido interpretados como una desviación de una “norma ideal”, pero, como ya dijimos, eso no es lo importante en la medida en que se trate de una descripción positiva.

Creo que uno de los problemas fundamentales es que la evolución de la ciencia económica resultante del desarrollo del modelo Arrow-Debreu haya recibido la etiqueta de “neoclásica”. En efecto, no he sabido de debates entre físicos que ataquen las posturas de uno u otro apelando a su condición de “newtoniano”, “einsteniano” o “hawkingiano”; que yo sepa, los físicos suelen ser “físicos” a secas. Las etiquetas no le han hecho bien a la ciencia económica: los debates suelen ser sordos y religiosos para justificar la supremacía de uno u otro “ismo”. La economía se ocupa de explicar las relaciones cuantitativas entre los agentes y, para ello, acude al uso de diferentes herramientas teóricas; las “relaciones sociales de producción” no son excluyentes del uso de modelos sofisticados. La simplificación de la realidad en modelos no es una invención neoclásica, de hecho, la realidad es tan compleja que es necesario reducirla a sus elementos más simples para buscar las relaciones básicas entre estos y, a partir de ahí, reincorporar poco a poco aspectos que ayuden a entenderla mejor. El mismo Marx era plenamente consciente de esto: para él la abstracción era fundamental para el conocimiento científico.

La evolución epistemológica de las ciencias se ha visto eventualmente impulsada por acontecimientos que han servido como referentes para el desarrollo positivo de éstas; Adam Smith y el Modelo Arrow-Debreu son para la economía lo que la Arquímedes y la ‘ley de gravitación universal’ son para la física. El mérito de tales rupturas es innegable e independiente de la futura constatación o rechazo de su veracidad. ¿Cuándo vamos a dejar de ser “neoclásicos” “keynesianos” y “marxistas” y aceptar nuestra condición de “economistas”?

Referencias

Benetti, Carlo (1997). “El método Normativo de la Teoría Económica Positiva”, *Cuadernos de Economía* 26. Bogotá.

Benetti, Carlo y Jean Cartelier (1998). “Dinero, Forma y Determinación del Valor”, *Cuadernos de Economía* 28. Bogotá.

Walras, Leon (1874). *Elements of Pure Economics, or the Theory of Social Welfare*. Lausanne.